



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

LA DEMOCRACIA HOY
VÍCTOR FLORES OLEA

Enero 2005

LA DEMOCRACIA HOY

Por Víctor Flores Olea

En la ya larga historia de las ideas democráticas, unas viejas y otras nuevas, registramos una doble vertiente: por un lado tal idea ha contenido una aspiración y una esperanza, por la otra, en su efectiva práctica, invariablemente ha ido acompañada por un fuerte sentimiento de frustración, y hasta de engaño y fracaso. Ha sido una utopía y también en cierta forma un naufragio, un litoral de libertades y derechos que no se alcanza.

Diremos que los tiempos en que ha prevalecido la idea de democracia como aspiración y utopía han sido aquellos revolucionarios, en que en nombre de la democracia se lucha por reorganizar las relaciones sociales y políticas de tal manera que el hombre y la sociedad se afirmen como dueños de su destino, en que su voluntad libre determine el futuro próximo y el más distante. En cambio, los tiempos de frustración son aquellos en que el hombre y la sociedad ven que sus batallas anteriores no los han llevado a la condición de libertad soñada, y que sus afanes han sido negados por una estructura social y de poder que lejos de garantizar la libertad y el señorío sobre su destino, vuelve a someterlos a poderes que se le escapan y que no domina, más bien que los domina y somete. Pero en tales condiciones, por supuesto, se regresa a la idea nunca eliminada de libertad, autodominio y autodeterminación. Este recate deseado y soñado es definitorio de la condición humana. Y tal es, al final de cuentas, la dinámica de la historia política, con sus permanentes impulsos transformadores y con lo que ha sido también la invariable llegada de esos impulsos a una tierra congelada y árida, de nuevas subordinaciones inaceptables.

Por supuesto, en una extensión reducida ni de lejos podemos seguir las expresiones principales en la historia de los altos y bajos de la democracia, sino más bien limitarnos al panorama actual. Un panorama que hoy, después de las luces que arrojó la Ilustración, vuelve a presentarse cerrado y pleno de nubarrones. Aunque también, como siempre en la historia, con nuevas luces y señales que nos impiden pensar en la derrota y que exaltan otra vez el perfil invariable del espíritu de los batalladores: su inagotable optimismo y confianza en el futuro.

No resulta ocioso repetir que la democracia política de los modernos, aquella que tuvo su origen en la Revolución Francesa (Hannah Arendt sostiene con razón que fue la

Revolución Francesa —no la Revolución de Independencia de Estados Unidos— “la que verdaderamente incendió al mundo”, en el sentido de que penetró hondamente en las conciencias y en el “imaginario” del pueblo). Tal revolución significó uno de las más espectaculares sacudidas transformadoras de la historia y fue la verdaderamente “subversiva”, provocando la modificación profunda de las formas de organización política y social anteriores, y en general de las relaciones humanas. La sociedad se liberaba para siempre de las cadenas de la sangre y la cuna, de la aristocracia como “derecho divino”, y expandía los derechos individuales y políticos del hombre (y los derechos económicos, bajo la forma de un “mercado libre” que implicó la conversión del trabajo humano en mercancía, en trabajo asalariado). Se trató, como el propio Marx sostuvo, de la “mayor revolución en la historia de la humanidad” hasta aquel momento, que implicó profundos cambios en prácticamente todas las dimensiones de la vida, salvo en aquella de las igualdades efectivas.

Esa “mayor revolución” liberadora que fue la francesa, que significó enormes adelantos en la historia de la democracia (la “soberanía del monarca” dejó su lugar para siempre al principio de la “soberanía del pueblo”), que proclamó como universales los derechos humanos y el derecho de las sociedades “a otorgarse libremente “las formas de gobierno que decidiera”, dejó sin embargo inalteradas las estructuras de explotación económica y las desigualdades reales en la sociedad, más allá de las revolucionarias constituciones que, a lo largo de los siglos XIX y XX, han aludido a la igualdad de todos los hombres. Son bien conocidos los textos críticos de Marx en que, a propósito de la filosofía política y del derecho de Hegel, nos dice que después de la Revolución Francesa los “hombres son iguales en el cielo de la proclamas jurídicas pero profundamente desiguales en la tierra dura de sus condiciones sociales”.

Por supuesto, no puede desconocerse la gran revolución histórica que significó la consagración jurídica de los derechos del hombre y del ciudadano y, con el tiempo, a través de las batallas del proletariado a lo largo de dos siglos, el reconocimiento de sus derechos sociales. Este conjunto de conquistas sigue siendo la plataforma de lucha de gran parte de la humanidad, y su estricto cumplimiento por los poderes públicos una de las exigencias más vivas también en los tiempos que corren. Este conjunto de derechos reconocidos por las constituciones modernas formas el núcleo de la democracia liberal, a

los que habría que añadir su corolario necesario: el derecho a votar y ser votado. Norberto Bobbio sostiene que la conquista de la democracia se refiere esencialmente a cuatro libertades: 1.- la libertad individual (nadie puede ser detenido sin razón ni procedimientos jurídicos); 2.- la libertad de publicación (prensa) y opinión; 3.- la libertad de reunión y 4.- la libertad de asociación (cívica, política).

Pero un examen más riguroso del principio democrático moderno, desde sus inicios en la Ilustración y en la Revolución Francesa, nos enseña que tal principio surgió como algo mucho más abarcador y radical que la versión del mismo que hoy nos propone el liberalismo democrático. El paso del tiempo estrechó el cuerpo de ideas originales reduciéndolo y distorsionándolo tajantemente, un paso del tiempo que agudizó las condiciones mismas de conflicto y desigualdad de la sociedad y su percepción interesada por los abogados del statu quo: hoy, una visión de la democracia que, en definitiva, la disminuye a una mera condición electoral, que deja fuera la sustancia de la visión democrática de la Ilustración. Una gran idea y un histórico vuelco revolucionario angostado a su significado meramente electoral, casi de puro procedimiento.

Los principios de libertad, igualdad y fraternidad, en que se afirmó la Revolución de 1789, habrían sido demandas históricas del pueblo que aspiraba a liquidar no sólo las diferencias “naturales” fundadas en la sangre y el nacimiento, sino que postuló la igualdad de los hombres en todos los aspectos: sí, igualdad del hombre y el ciudadano ante la ley pero también igualdad en la distribución social de los satisfactores y el consumo; sí, ejercicio de libertades y participación igualitaria de los hombres en la formación de los gobiernos, que no debían anularse por las desigualdades económicas y sociales; respeto a la integridad de los individuos pero esfuerzo conjunto para un desarrollo social armónico que permitiera el avance integral de las personas y comunidades. Libertades generales cuyo ejercicio y reconocimiento reales no deberían cancelarse por motivos de fortuna y oportunidades.

Se trata precisamente de la democracia que Tocqueville llamó “la igualdad de las condiciones”. Condiciones hipotéticamente igualitarias que, como es sabido, se han deteriorado abismalmente a lo largo de los dos últimos siglos, a través de un capitalismo que se ha tornado, si se quiere, cada vez más explotador, dominante y excluyente. Y desde luego más invasivo que nunca en todas las esferas de la vida, incluyendo la

política, la moral y la cultural. Una noción “emancipatoria” en el origen de la revolución burguesa que no sólo se diluyó hasta prácticamente ausentarse sino que, en muchos sentidos, se ha tornado en su contraria: una vida individual y social que no parece tener otro fin que la acumulación desmedida, caiga quien cayere y sin importar sufrimientos ni guerras de conquista. Los rastros del capitalismo se muestran frecuentemente como un inacabable desfile de sangre y cadáveres.

Por supuesto la idea de solidaridad, el otro principio fundante de la filosofía política y democrática de la Ilustración, prácticamente ha desaparecido de los sistemas políticos y sociales del día: domina un individualismo rampante que únicamente encuentra parangón en “el único y su propiedad”, salvo tal vez atenuantes circunstanciales que pueden encontrarse en el Welfare State que, sin embargo, no modifican la situación. La idea de solidaridad como principio de acción social y como “cultura” política se encuentra definitivamente desterrada del comportamiento y del sistema de valores de la sociedad contemporánea y de su democracia liberal.

Hemos llegado otra vez a esa situación de desencanto profundo respecto a los valores profundos de la democracia (libertad, igualdad, fraternidad) a que nos referíamos antes. Otra vez, respecto a ellos, prevalecen en muchas capas sociales los sentimientos de engaño y frustración que han caracterizado los tiempos de consolidación de los sistemas sociales explotadores, pero también ya se perciben las reacciones opuestas y frecuentes, que crecen en amplitud e intensidad y que renuevan la confianza en el futuro.

Para decirlo directamente: la cuestión central hoy de las luchas democráticas ni de lejos se refiere exclusivamente al perfeccionamiento de los procesos electorales (aún cuando también sea un aspecto no despreciable, sobre todo en particulares circunstancias), sino que comprende la lucha o las luchas en contra de las desigualdades y las subordinaciones, en contra de una organización económica, política y social que ha convertido al hombre en mero objeto de las necesidades de autoreproducción del sistema y que ha olvidado la actual demanda histórica de igualdad efectiva y genuina libertad y fraternidad.

No resulta inútil insistir: la hegemonía del capitalismo y de las clases beneficiadas por el sistema fueron eliminando los principios igualitarios y participativos de la democracia. Las libertades individuales y sociales se tornaron en exclusivas libertades para comerciar

y acumular, no en libertades para la realización del hombre individual y social. Al contrario, tales libertades se pusieron simplemente al servicio del crecimiento, que ha beneficiado cuantitativamente a los pocos dejando fuera de sus éxitos a muchas mayorías. Pero ¿por qué razón las batallas democráticas en sentido amplio, en los dos últimos siglos y también en el tiempo actual de la globalización y el neoliberalismo, han sido desdeñadas y consideradas como subversivas e “inadmisibles”? Hay al menos dos razones: la primera es que tienden a ampliar el principio de igualdad que, en las perspectivas liberal y neoliberal se conforma con ser “igualdad” ante la ley, lo que alude a una supuesta igualdad de los sujetos en el mercado, lo cual resulta además una tosca falacia y una ilusión. La libertad se confunde con la libertad mercantil, simple libertad para comprar y vender. En cambio, las luchas democráticas, las anteriores y las nuevas, apuntan a una dimensión social de la igualdad que contradice profundamente la estructura explotadora del capitalismo: las nuevas libertades e igualdades que se buscan resultan profundamente “desorganizadoras” del orden establecido, del orden de la dominación y de la explotación imperantes.

Así, las batallas por la democracia hoy tienen un significado profundo contrario al capitalismo, y desde luego su contenido no únicamente alude a las formas en que se integran los sistemas políticos sino que apunta a algo más radical y profundo: la emancipación del hombre y de la sociedad de los sistemas de dominación a que se ven sometidos. Alude a la liberación profunda de las colectividades y de las personas que han sido objetivados y alienados por mecanismos de explotación y humillación que niegan estructuralmente las posibilidades de su desarrollo pleno, integral, habiendo olvidado la necesidad humana de autorrealización y autorregulación. Hoy, las luchas democráticas trascienden su contenido meramente político y apuntan a una revolución social y económica (y también política) que busca, como decíamos antes, afirmar al hombre y a la sociedad como dueños de su destino, en una historia en que la libre voluntad de cada uno, también en el sentido colectivo, determine su futuro próximo y el más distante (la democracia como autodeterminación y autogestión).

Debe señalarse entonces que la idea de democracia, en estos dos últimos siglos, entró en una profunda crisis considerada en sus dos vertientes principales de realización histórica: la democracia liberal y también la otra que parecía encerrar una democracia

diferente, de carácter socialista. En los llamados países socialistas, que tanto entusiasmo despertaron en los revolucionarios de inicios del siglo XX con su organización democrática fundada en los soviets, y con la ilusión de que se iniciaba una revolución a escala planetaria, no pasó demasiado tiempo para que se multiplicaran las evidencias de que se negaba la democracia y se violentaban los principios éticos del socialismo, y en el sentido de que los procesos de decisión política sufrieran una clara tendencia hacia la centralización extrema y muchas veces arbitraria.

Se han avanzado innumerables hipótesis explicativas de esa “caída”, y tal vez en todas ellas, combinadas, se encuentre una porción de la verdad: el acoso mundial en contra de la nueva revolución, la reacción defensiva del país asediado y la dura emergencia de los tiempos de grave amenaza, sin duda contribuyeron a eliminar las consideraciones democráticas de su origen; la circunstancia además de que no se produjera en Europa la tan esperada revolución mundial, el atraso de las fuerzas productivas en la Rusia zarista y las tradiciones centralistas y burocráticas en ese país, a lo que debería agregarse las luchas por el poder que se desencadenaron en el “socialismo de un solo país” y la dureza criminal de quienes controlaban los resortes de la autoridad, y tal vez la idea misma de una “dictadura del proletariado”, impusieron límites y serias distorsiones a la posibilidad de un nuevo Estado democrático. Todavía habría que decir que la burocracia en ascenso, a diferencia de los revolucionarios del primer tiempo, era totalmente ajena a la visión democrática y reivindicadora de los obreros y revolucionarios de la primera hora. Este conjunto de razones y otras más tal vez ayuden a explicar la tremenda distorsión y “desvío”, e inclusive traición flagrante, que la idea misma de socialismo sufrió en ese primer “ensayo general”.

El hecho es que el fracaso de la revolución encarnada en los “socialismos realmente existentes” significó un golpe quasi demoledor de la idea misma de democracia socialista. Y ese fracaso, simbolizado en la “caída del Muro de Berlín”, fue abundantemente aprovechado por las fuerzas políticas y económicas del capitalismo neoliberal, en proceso de expansión sobre todo a partir de la década de los ochenta. Sus ideólogos aprovecharon la disolución de los regímenes socialistas en los años 1989-91 y emprendieron una amplísima ofensiva en que, dos de los argumentos centrales, se expresarían de la siguiente manera: las libertades alcanzadas ahora en los países

“liberados” se concentran en las “libertades del mercado”; la democracia, en cualquier lugar, se confirma por tales libertades mercantiles. La mistificación llega a su apogeo: la perfecta correspondencia y amalgama entre libertades, democracia y economía de mercado. Tal fue a sus ojos la conquista y la victoria lograda, iniciándose la nueva época de un orden internacional en que es preciso imponer, en todas partes del mundo, la “libertad del mercado”, signo irreductible de la libertad y la democracia, sin más.

Las guerras de las décadas de los noventa y principios del siglo XXI (intervención en los Balcanes e Irak, principalmente), se “justificarían” en nombre de esa falacia y ya se insinúa que las próximas intervenciones del imperialismo globalizado, con ariete hegemónico en el gobierno de Estados Unidos, se acreditarían plenamente en nombre de tal ideología. El “triumfo” definitivo del capitalismo, en su expresión globalizada, se habría confirmado por el derrumbe de los países del socialismo realmente existente. El “fin de la guerra fría” habría ya hecho inútiles, en principio, las mascaradas de dictaduras y de regímenes autoritarios como piezas necesarias en la defensa del “mundo libre”. Ahora la imposición de un solo sistema mundial, inclusive por la vía militar, pasa por el embuste señalado antes: el control y la nueva dominación, que se sirve de las armas y del intervencionismo más descarado, se llevan a cabo en nombre de la democracia y la libertad (que se interpretan como libertades del mercado y como posibilidad “democrática” de participar en el mercado). Tal es la situación por la que atravesamos hoy, la situación imperante a lo largo y ancho del mundo.

Es decir, en definitiva la democracia para el control y el dominio de la sociedad, no para la real expresión de la voluntad popular. La democracia no para atender las demandas colectivas sino para satisfacer el interés de las élites. La democracia no para la libertad, la igualdad y la solidaridad sino para imponer ideologías y fomentar la desigualdad, subrayando el individualismo. La democracia no como sistema de vida creativa que reconoce la pluralidad y diversidad de la sociedad sino democracia que persigue la homogeneización social y que se ha atrincherado en un “pensamiento único” que procura imponer urbi et orbi y que considera a cualquier desviación o disidencia como subversiva e inadmisibile.

Una democracia que se preocupa antes que nada por los aspectos técnicos del procedimiento olvidando que la democracia, en sus orígenes, surgió como un sistema

político y de gobierno "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo". Una democracia, en resumen, que ha sido confiscada por los centros de poder, nacionales e internacionales, y que se postula como una "democracia sin alternativas", lo cual significa la negativa a reconocer la voluntad ciudadana como instancia última de decisión política. Y que significa que no se modificarán los aparatos de la dominación actual sino más bien que se les defenderán incondicionalmente, siendo en todo caso sus azarosas reformas y retoques perfectamente funcionales a los intereses de los poderes existentes. Una "democracia totalitaria" (o un "totalitarismo tranquilo", como algunos han dicho) que cada vez asume con mayor claridad el papel escueto de "consejo de administración" de los poderes dominantes.

Por supuesto, la globalización neoliberal de este tiempo, entendida según lo dicho, se ha erigido en el enemigo mayor de la democracia, una etapa del desarrollo capitalista con base en la revolución tecnológica de los microchips y las computadoras y con la extensión (en principio sin fronteras) del comercio y el consumo, el trabajo que se desplaza de nación a nación (hacia los centros de riqueza) y el movimiento instantáneo sobre todo del capital financiero. Un amplio movimiento ideológico publicitario ha postulado así que la "globalización" es y será la clave de una nueva prosperidad. Pero apenas penetramos la costra más superficial de tal globalización podemos observar hasta que punto el mundo está dividida en ghettos de riqueza y prosperidad, y en enormes manchas de miseria que se extienden por todo el globo. Y el hecho de que esas zonas de pobreza invaden también el corazón de los centros de riqueza: el Primer Mundo tiene también dentro a su Tercer Mundo. Hoy resulta abismal la brecha entre esos mundos y representa la causa más grave y principal de las contradicciones nacionales e internacionales.

El neoliberalismo niega los principios de la democracia y del liberalismo libertario, que prometía bienestar y abría esperanzas. O, con mayor exactitud, los convierte en exclusivo privilegio de unos cuantos grupos y clases sociales: quienes ejercen el poder. Y esto, sin ir más lejos, porque la constitución de grandes monopolios niega la libertad del mercado y "traba" gravemente el desarrollo de la genuina democracia y la vigencia de los órdenes constitucionales de derecho.

Uno de los instrumentos más eficaces de la dominación actual reside en el control que los poderes económicos ejercen sobre los medios de comunicación y, a través de ellos, de la “opinión pública”. Por ello se habla frecuentemente del "espectáculo de la política", queriéndose significar el carácter meramente "externo" y "escénico" del acontecer político (el show business), y el hecho de que el debate sobre la "cosa pública", el examen de situaciones complejas, la posible discusión sobre las alternativas políticas, sociales y económicas, el desarrollo de los argumentos, son manejados de manera unilateral y parcial por los grandes medios informativos. Más que nunca estamos ante una democracia controlada, manipulada, inducida y acotada por las élites del poder ya que cuentan ellas con poderosos instrumentos de organización de la voluntad ciudadana, condicionada por los mass media.

En esa democracia confiscada se habría eliminado esencialmente la posibilidad de discutir otras alternativas del desarrollo integral, otras opciones que serían nuevos caminos para la sociedad humana, otras formas de organización que pudieran satisfacer genuinamente las necesidades de los hombres y las mujeres. En la sociedad de consumo (uno de sus objetivos primordiales) se habría ampliado extraordinariamente el conformismo y parecería que no hay “salidas” a la situación imperante: una mayoría parecería satisfecha con la sociedad prevaleciente, una sociedad controlada por los grandes consorcios y por la imagen unidimensional de un solo pensamiento y de una sola forma de vida construidos conforme a los patrones de esos poderes económicos y políticos. Consume luego existes, parece ser el motto tiránico y absorbente que se impone a la sociedad actual. Una sociedad que no sólo parece dócil a su destino sino que en ocasiones parece alegrarse con ese destino, y celebrarlo.

Decíamos que en estos tiempos de la democracia confiscada —que plantea una de las crisis más profundas del Estado y de la democracia liberales—, en que los "tentáculos" publicitarios han invadido las conciencias a través de la repetición inagotable de slogans y lugares comunes, se tienden a suprimir los márgenes de "disidencia" y "diferencia". Hoy, el ideal de la globalización es el de una humanidad idéntica a sí misma sometida a uniformes motivaciones e influencias a fin de que responda "positivamente" a los estímulos del mercado. Además de la pobreza ampliada que ha propiciado la globalización neoliberal, esta idea empobrecida y empobrecedora del género humano es

su idea y su meta a realizar. La miseria que origina no es únicamente material sino también cultural, moral y espiritual.

La crisis del Estado y de la democracia liberales han significado además una enorme "refuncionalización" del Estado, que se ha convertido en verdadera "correa de transmisión" de los intereses particulares. La "natural" tensión permanente en el Estado moderno entre el interés general y los intereses privados se resuelve en las actuales condiciones en favor de estos últimos, entre otras razones porque precisamente esos intereses imponen las decisiones claves en el moderno Estado liberal.

Por supuesto, muy lejos del supuesto "fin de la historia" que se proclamó hace unos años aparecen invariablemente, sobre todo a finales de la década de los noventa y en este inicio del milenio, nuevas e intensas luchas democráticas encabezadas por nuevos sectores sociales (y con la participación de contingentes obreros y de ciertos partidos políticos), que tienden a rescatar en extensión y profundidad el significado esencial del principio democrático, y que exigen se "trascienda" la mañosa restricción electoral que ha sufrido durante décadas, particularmente por la interesada y excluyente ideología neoliberal. Las nuevas luchas democráticas exigen la participación real de la sociedad en muy variadas tomas de decisión que afectan la vida pública y, al límite, en sus expresiones más radicales, aspiran a la autogestión y autoadministración de los diversos procesos y organizaciones políticos y sociales, incluso de carácter productivo y en materia de servicios. La democracia se ampliaría entonces, realizaría y perfeccionaría como democracia participativa y de autogestión.

Desde luego, hoy las luchas por la democracia son mucho más amplias que las de la tradición liberal clásica: se trata de batallas en favor de libertades que aluden a la autorrealización individual y social, con semejanza de oportunidades y en plena solidaridad. Tal cosa, por supuesto, hermana a tales luchas con el socialismo democrático (que ha sido parte central de las luchas democráticas de la humanidad), descubriéndose entonces en su esencia una radical oposición al capitalismo salvaje y totalitario que nos ha invadido abrumadoramente bajo el disfraz de liberalismo democrático.

Es así fundamental la discusión sobre la democracia posible hoy: una democracia que ha de ser más amplia, participativa y profunda que la ofrecida por el Estado liberal. Una democracia con adjetivos y finalidades sociales específicas. Una democracia al servicio

real de la sociedad y no sólo como "conveniente" mediación al servicio de intereses particulares. La exploración sobre las "alternativas" de una democracia radical, de innegables consecuencias teóricas, prácticas y políticas, es aspecto esencial de un análisis consecuente de la situación presente y de su futuro. Se subrayan así, por este camino, los valores de la solidaridad democrática y de la participación autogestionaria.

Podríamos decir que la política se desliza del Estado hacia la sociedad y hacia sus organizaciones formales e informales, cobrando una importancia cada vez más relevante, incluso decisiva. Las luchas de los nuevos y viejos grupos sociales y políticos descubren en la globalización contemporánea la negación radical, bajo nuevas prácticas, de las posibilidades reales de una sociedad más humana. Núcleos sociales y políticos en crecimiento (en las sociedades ricas pero también en las de la pobreza) han iniciado ya el "trabajo" de las transformaciones sociales necesarias en nuestro tiempo.

La cuna filosófica que preside estos movimientos es sin duda una declaradamente "optimista" o, si se prefiere, una que reconoce en la historia humana —sobre todo en sus mejores momentos—, un proceso en que se afirma la búsqueda de la libertad y la justicia, o en términos de hoy: la liberación, la emancipación. Tal visión es la de una historia en que es posible el progreso y la ruptura de las cadenas: no como un desprendimiento que necesariamente se producirá, por alguna fatalidad escrita en el abstracto destino, sino como el resultado de un propósito plenamente consciente de la voluntad humana: superar la necesidad y la subordinación a través de luchas emancipadoras. Una genuina sociedad democrática y participativa tendría que ser el medio y la oportunidad única para realizar la emancipación o, si se prefiere, una sociedad más igualitaria y justa en que nadie goce de lo superfluo mientras alguien carezca de lo estricto, a fin de vivir con dignidad material y desarrollar las capacidades creativas de cada quien: para vivir como hombre en toda la extensión de la palabra.

Todavía, en perspectiva internacional, diremos una palabra sobre las relaciones del "centro" occidental con las llamadas naciones "periféricas". El desarrollo social y la cultura del mundo son hoy plurales y sólo con un espíritu ciego de dominio (o marcadamente aldeano, que a la postre se corresponden), se pretende reducir la historia contemporánea a una sola expresión parcial. A pesar del poderío occidental, han de considerarse las otras perspectivas del mundo, la pluralidad de las visiones de los

pueblos, la variadísima fuente de las experiencias y de la “condición humana”, que también tiene historias particulares. Es decir, es preciso discutir las peripecias que ha vivido y vive el “centro” occidental del mundo —por su innegable influencia—, pero también la historia de las relaciones perversas que ha tenido con los “otros” mundos, con los de afuera, con el de los excluidos y subordinados. En esta perspectiva cobra relevancia la dialéctica y el conflicto entre aldea global y aldea local.

En este panorama debe decirse, por supuesto, que la mundialización capitalista no es la única posible, sino que es pensable una mundialización o globalización democrática basada en principios comunitarios de solidaridad y participación. Así entendemos que los procesos de globalización y mundialización democráticos están "cargados" de valores culturales que expresan peculiares interrelaciones humanas que no se limitan al aspecto económico, y muchos menos que significan necesariamente relaciones de subordinación, explotación y dependencia. En consecuencia, la globalización o mundialización democrática que proponemos como alternativa es una de equilibrio, justicia y bienestar sociales. Por eso sostenemos que es necesario contribuir a un movimiento político (universal) que trascienda la situación actual de la globalidad en manos de los intereses del capital, que simplemente acumulan la mayor cantidad de riqueza en el menor tiempo posible sin atención alguna a los efectos sociales devastadores que produce su conducta. Ante una globalización o mundialización puramente cuantitativa pugnamos por una eminentemente cualitativa, justa y equitativa.

Por fortuna, el sueño de un imperio arrogante con un mundo bajo sus pies controlado por los grandes consorcios encuentra ya sus fronteras. No únicamente las demostraciones públicas de Seattle, Washington, Suiza, Praga, Niza, Génova y muchos otros lugares, y los movimientos políticos y sociales que en América Latina han liquidado a los despotismos tradicionalmente existentes, cobran hoy una importancia histórica, al mismo tiempo que se desploma en caída geométrica el desprestigio de las democracias confiscadas y sus dirigentes en Estados Unidos, Europa, Asia y América Latina misma, mostrándose además que el sueño del “pensamiento único” de la globalización depredadora se debilita y pasa a la historia aceleradamente. Nuevas voces se levantan universalizando la protesta y denunciando el carácter usurpador y devastador de una democracia y de un Estado en manos de los grandes intereses económicos.

Con una nota que subrayo: cada vez más la rebeldía en contra del sistema imperante asume una conciencia expresamente anticapitalista, comenzando a concertar acciones no sólo a favor de una globalización "con rostro humano", sino realmente una mundialización solidaria al servicio de la sociedad general, que sea capaz de destinar los recursos y la revolución tecnológica, que son de todos (un verdadero patrimonio de la humanidad), a remediar las carencias también de todos, de orden material, espiritual, educativo, cultural. Estos "rebeldes" que se expresan ya mundialmente, luchan también en contra de la democracia confiscada y mentirosa que prevalece y en favor de una democracia que exprese genuinamente las necesidades de los pueblos, y que haga posible un desarrollo realmente igualitario y libre para todos. Luchan, para decirlo en otras palabras, por una democracia participativa y autogestionaria plena de adjetivos, que aparece ya en el futuro nuestro más lejano o más cercano, para fortuna de todos.

El hecho nuevo en desarrollo es el de un conjunto de "redes" organizadas de la sociedad que han iniciado un combate que es cada vez más anticapitalista y, en ocasiones, específicamente socialista. Se asume una posición crítica ante la idea de que el "destino" de la sociedad y del hombre están fatalmente en manos de "aparatos impersonales", que vacían de toda función histórica al hombre y a la sociedad. La idea de la recuperación de la historia, de la economía, de la política y de las formas sociales y culturales de emancipación, vuelve a estar a la orden del día. Cada vez hay más lucidez de que el mundo "reificado" de hoy debe ser tomado en propia mano, de manera democrática. La idea del socialismo, que muchos consideraron liquidada con la caída de los "socialismos realmente existentes", vuelve a tomar vigencia, si bien con los elementos que definen la situación actual, ciertamente diferentes de los que condujeron a tales "socialismos".

Las redes sociales que se organizan ayudan a mitigar los efectos más desastrosos del abandono económico, y se convierten también en grupos de denuncia y demanda. Y ayudan a cerrar la "brecha" entre las carencias sociales y las agencias gubernamentales. Hoy resulta prácticamente inconcebible, en cualquier lugar del mundo, la participación política y democrática sin la acción de tales "redes" plurales de la sociedad. Aunque su inmediato significado es muchas veces de carácter social y económico, se afirma también crecientemente su significado político y cultural, que contribuye ya a la profundización y extensión de la democracia moderna. Una democracia, como decíamos antes, que

trasciende la crisis de la democracia liberal, un sistema que ha olvidado sus orígenes subversivos y se encuentra reducida a meros procedimientos técnico-electorales.

En cuanto a la cultura occidental, que procura integrar a otras zonas del planeta — como homogeneización del mundo en la perspectiva de occidente—, debe considerarse ya como un profundo fracaso. Porque hay grandes sectores humanos y zonas del mundo que rechazan inclusive violentamente esa estandarización que ha significado, además de las penetraciones y conquistas a sangre y fuego que conocemos, corrupción y distorsión severa de las tradiciones, valores y creencias de otros pueblos. En tal sentido, la penetración colonizadora occidental no ha significado necesariamente la racionalización de las sociedades “primitivas” sino una verdadera alteración de esas civilizaciones y culturas, la implacable distorsión de sus formas de ser orgánicas, de sus maneras originales y tradicionales de producir, vivir, pensar, de relacionarse con el mundo y (o) con las divinidades de sus panteones.

Se recordará que en un estudio reciente del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sobre América Latina, tomado como ejemplo que se repite, se ilustra con abundancia de datos empíricos que la reconversión democrática de América Latina en los años noventa no resulta satisfactoria para núcleos importantes de las sociedades latinoamericanas, precisamente porque no se ha traducido en mayor igualdad social y en mejores oportunidades de vida, hasta el punto en que muchos en este continente han expresado su desencanto por la democracia.

Sí, resulta un avance (ojalá irreversible) la eliminación de las dictaduras y la ampliada participación ciudadana en la elección de sus representantes; sin embargo, se ha manifestado una frustración creciente por la percepción generalizada de que los actuales representantes, los organismos de gobierno y los poderes del Estado se someten dócil y a veces abiertamente a los intereses de los grandes núcleos de poder económico. Y, claro está, a los intereses de las grandes corporaciones y de los organismos financieros internacionales que representan a esos intereses que no son los intereses de los pueblos, y que más bien le son adversos. El desencanto de la democracia en América Latina tiene un nombre: extensión dramática de la pobreza y aumento de las desigualdades sociales. En otras palabras: a la democracia no se ha traducido concretamente en mayor y mejor bienestar para las sociedades latinoamericanas. Los “representantes” del pueblo estarían

sobre todo sometidos a intereses económicos particulares: sobre ese marco de frustración se teje una política “democrática” que tiene que ver más con el espectáculo y la ceremonia que con el beneficio social.

Situación que se amplifica porque los medios de comunicación alimentan hasta el paroxismo ese aspecto puramente “espectacular” de la política, sin dar cabida, salvo excepción, a los problemas de fondo que en verdad interesan. También el mercado, el *marketing*, ha desfigurado una de las dimensiones esenciales de la vida que es el de la regulación equilibrada, en bien de todos, de sus necesarias relaciones políticas y sociales. No es posible olvidar que el fin último de la democracia es la de hacer posible la reproducción de la vida para todos en las mejores condiciones posibles.

Debe mencionarse, como una experiencia excepcional de nuestros días, precisamente en el sentido de una transformación profunda de la democracia hoy, el ensayo zapatista de autogobierno encarnado en los Municipios Rebeldes Zapatistas en que se han organizado “Juntas de Buen Gobierno” (Caracoles) que, desde 2003, ocupan regiones importantes del Estado de Chiapas en el sureste mexicano, precisamente en aquellas en que tiene presencia importante el Movimiento Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

El lema que distingue a estos Municipios Rebeldes Autónomos Zapatistas o Caracoles es “mandar obedeciendo”, que alude a una forma de democracia ampliada y radical que significa la transformación práctica de los ámbitos de vida de las comunidades indígenas, y que aspira a ser un ejemplo no únicamente para las demás comunidades indígenas de México sino para la sociedad entera. Como se recordará el EZLN abandonó sus “medios” militares para fundirse plenamente con las comunidades indígenas, buscando dejar de ser “extranjeros” en su propio país —según palabras del subcomandante Marcos— para “convertirse en parte de ese rincón olvidado por el país y por el mundo: las montañas del sureste mexicano

En los Municipios Rebeldes Zapatistas en que se práctica la autonomía indígena se desarrolla la capacidad para conducir el desarrollo armónico y equilibrado de las comunidades indias. Los Caracoles representan, según el subcomandante Marcos, “una pequeña parte de ese mundo donde quepan todos los mundos”. Y serán “como puertas para entrarse a las comunidades y para que las comunidades salgan; como ventanas para vernos dentro y para que veamos fuera; como bocinas para sacar lejos nuestra palabra y

para escuchar la del que lejos está. Pero, sobre todo, para recordarnos que debemos velar y estar pendientes de la cabalidad de los mundos que pueblan el mundo.

Ante las críticas que algunos han formulado diciendo que esas “autonomías” significan la fragmentación México y un movimiento separatista, los pueblos zapatistas han respondido que ellos simplemente ejercen el “derecho a gobernar y a gobernarnos” (consagrado en la Constitución de la República), e insisten en que “somos mexicanos... pero también somos indígenas. Esto quiere decir que reclamamos un lugar en la nación mexicana, pero sin dejar de ser lo que somos”. “Más bien —siguen diciendo— la ruptura y el debilitamiento de la soberanía nacional lo efectúan los poderes del dinero y su sometimiento a las corporaciones nacionales y transnacionales globalizadas.

Marcos ha dicho que más bien “el proyecto de fragmentación se opera desde el gobierno (ésta es la verdadera agenda de los partidos políticos y de los tres poderes de la Unión, no la que se declara retóricamente), de acuerdo con el cual México se dividiría en tres: el norte, con sus estados incorporados a la lógica productiva y comercial de la Unión Americana; el centro, como proveedor de consumidores con mediano y alto poder adquisitivo, y el sur-sureste, como territorio a conquistar para la apropiación de recursos naturales que, en la destrucción globalizada, son cada vez más importantes: agua, aire y tierra (madera, petróleo, uranio... y personas)”. Y añade: “Siendo esquemáticos y lacónicos tendríamos que el plan es hacer: del norte una gran maquila; del centro, un gigantesco *mall*, y del sur-sureste, una gran finca”.

Con la creación de las llamadas Juntas de Buen Gobierno se cuida que en los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas haya una efectiva impartición de justicia, se asegure la salud comunitaria, la educación, la vivienda, la tierra, el trabajo, la alimentación, el comercio, la información y la cultura, el tránsito local, y que se vigile el cumplimiento de las leyes que han aceptado los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas. Desde hace siglos las comunidades indígenas en México se han regulado en gran medida por sus propios “usos y costumbres”. Ahora se trata de “institucionalizar” de manera explícita y revolucionaria esos “usos y costumbres” y de otorgarles un expreso significado social que no necesariamente ha sido evidente para la nación en el pasado.

Vale la pena subrayar que el autogobierno de los Municipios Autónomos Zapatistas no se construye bajo la lógica del "poder del Estado" que ha definido tradicionalmente las

posiciones revolucionarias o reformistas. Y que tampoco aspira a construir gobiernos sin dirección —que ha prevalecido en las posiciones anarquistas y libertarias, como nos dice Pablo González Casanova—, sino que renueva los conceptos de autogobierno de la sociedad civil y de democracia participativa, que sabe hacerse representar y sabe controlar a sus representantes en lo que sea necesario para “el buen gobierno” y el respeto de los acuerdos y decisiones,

El nuevo planteamiento de los caracoles combina e integra en la práctica ambas lógicas, la de la construcción del poder por redes de pueblos autónomos y la de integración de órganos de poder como autogobiernos que luchan por una alternativa dentro del sistema. El planteamiento hace suyos elementos antisistémicos en que la creación de municipios autónomos rebeldes empieza por fortalecer la capacidad de resistencia de los pueblos y su capacidad de creación de un sistema alternativo. Ambas políticas —la de la construcción y la de la integración del poder— son indispensables para una política de resistencia y de creación de comunidades y redes de comunidades que hagan del fortalecimiento de la democracia, de la dignidad y de la autonomía la base de cualquier proyecto de lucha.

Autonomía y autogobierno de las comunidades indígenas que no deja de lado una de las líneas permanentes de la lucha zapatista: la denuncia y la batalla en contra del neoliberalismo depredador y opresor, y de una globalización que destruye la condición humana de los pueblos. En dos palabras: el movimiento zapatista mexicano encarna una verdadera lucha por la humanidad. Uno de los comandantes zapatistas (el comandante Javier), ha dicho que el proyecto de los caracoles "abre nuevas posibilidades de resistencia y de autonomía de los pueblos indígenas de México y del mundo, una resistencia que incluye a todos los sectores sociales que luchan por la democracia, la libertad y la justicia para todos".

En muchos aspectos, la experiencia zapatista del sureste mexicano encarna las nuevas tendencias de la democracia y las luchas “por otro mundo posible”, a que nos hemos referido a lo largo de estas páginas.